



“Lo que domina hoy el mundo es un conservadurismo brutal”



SUSANA REISZ CANDREVA (BUENOS AIRES, 1941), PROFESORA UNIVERSITARIA, CRÍTICA LITERARIA Y DOCTORA EN FILOLOGÍA CLÁSICA POR LA UNIVERSIDAD DE HEIDELBERG EN ALEMANIA. AUTORA DE LOS LIBROS: *TEORÍA LITERARIA. UNA PROPUESTA* (1986), *TEORÍA Y ANÁLISIS DEL TEXTO LITERARIO* (1989) Y *VOCES SEXUADAS. GÉNERO Y POESÍA EN HISPANOAMÉRICA* (1996). FUE DECANA DE LA FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ ENTRE 2011 Y 2017. FORMA PARTE DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN EN ESTUDIOS DE GÉNERO DE LA PUCP. EN LA SIGUIENTE ENTREVISTA CON *ESPINELA* COMPARTE SUS IMPRESIONES SOBRE SU LABOR DOCENTE, LOS INICIOS DE LOS ESTUDIOS DE GÉNERO Y FEMINISMO EN EL PERÚ, LAS TENDENCIAS DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y SUS PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN. *ESPINELA* SE SUMA AL HOMENAJE QUE ESTE 2022 LA PUCP LE BRINDÓ POR SU TRAYECTORIA ACADÉMICA.

ENTREVISTA DE

SHA SHA GUTIÉRREZ, DIANA HIDALGO, ANDRÉS LÓPEZ

Pontificia Universidad Católica del Perú

ssgutierrez@pucp.edu.pe, dianahidalgo@gmail.com, andres.lopez@pucp.edu.pe



Foto: Diana Hidalgo.

Susana Reisz.

Cuéntenos acerca de su formación y trayectoria académica en el Perú.

Me estrené como docente en la PUCP, pero después de un tiempo, hacia fines de los ochenta, por cuestiones familiares decidí migrar. Encontré un trabajo en los Estados Unidos y estuve allí enseñando en Nueva York, durante dos décadas. Después de ese tiempo, cuando nació mi primer nieto, me dije que era momento de regresar a Lima, porque soy muy gitana: me la pasé viajando toda mi vida. Yo nací en la Argentina, pero rápidamente me trasladé por un año al Perú, aunque luego con quien fue mi compañero y mi marido, fuimos a estudiar a Alemania, donde estuvimos ocho años y allí nació mi hijo mayor.

Yo regresaba cada año a Lima, pero no es que iba a la Católica, sino a visitar a amistades. Poco a poco vi que las cosas iban cambiando y, en el 2010, regreso a Lima para vivir. Esta es mi última posada. Regresé sin ningún proyecto de trabajo, simplemente a ver cómo me iba, pero una gran amiga, la doctora Pepi Patrón, me pidió que fuera a trabajar con ella en el recién creado Vicerrectorado de Investigación. Empecé a trabajar en la organización de los concursos y de las actividades interdisciplinarias; luego, empecé a enseñar cursos. Después, de pura casualidad hubo elecciones para el decanato. Yo no tenía la menor intención de ser decana, pero los colegas me empezaron a mirar. Eran muy cariñosos y me dijeron “preséntate”. Y bueno, por qué no, un nuevo trabajo, una nueva experiencia. Y allí estuve seis años.

¿Qué cambios ha podido percibir desde los años ochenta hasta hoy en la universidad?

Yo diría que hoy la Católica es una universidad casi de lujo. Está en buen lugar en los rankings porque la investigación en algunos terrenos está a la altura de las universidades de las grandes ligas. Ha cambiado el paisaje humano. A fines de los setenta u ochenta, la Católica era una universidad de chicos de clase A, B, que llegaban en sus carros, como es ahora la Universidad de Lima. O sea, un contraste brutal: un campus muy pobre, pero un público no tan pobre. Y ahora, para mi satisfacción, encontré un cambio poblacional. Una población estudiantil mucho más variada. De alguna manera, se reflejan todas las clases del Perú. Eso para mí es muy grato, muy positivo. Es una universidad más popular, por mucho que yo sé que no es barata. Y sobre todo en el posgrado. Y eso me parece admirable, cómo hacen los estudiantes para seguir sus estudios a punta de esfuerzo y trabajo.

En una entrevista pasada, refiriéndose a sus años de formación en Argentina y Alemania, mencionó haber tenido la suerte de aprovechar la edad de oro en la Universidad de Buenos Aires, antes de la dictadura. ¿Cree que esa calidad de enseñanza se deja extrañar en la enseñanza universitaria del Perú de hoy?

Tengo que contestar con una palabra alemana: *jein*, que es “sí y no”. Efectivamente, la calidad de los estudios, de la investigación, las exigencias eran muy fuertes en la Universidad de Buenos Aires, pese a que era una universidad estatal, pero

heredera de la tradición de Sarmiento, que fue el organizador de la educación nacional, popular, tanto la primaria como la secundaria, y luego vino la creación de la universidad. La educación estatal era gratuita y muy buena. Yo tuve la suerte, cuando era niña y luego cuando fui joven en la universidad, de haber aprovechado esa época. Al mismo tiempo, tengo que decir que una buena parte de los profesores eran unos tiranos. Ese tipo de profesores que parece que les gustaba humillar. No tenían contemplaciones con los que se equivocaban, con los que no sabían. Curiosamente yo desarrollé en esa época una admiración total hacia mi profesor de Lengua griega clásica, que era un alemán muy amargado que había tenido que salir de su país por judío. Y ellos tenían una idea muy agigantada de lo que eran los estudios y los estudiantes europeos. Como que nosotros, pobres argentinos éramos otra cosa, no tan trabajadores ni tan inteligentes. Entonces nos trataban con látigo. Una anécdota que ilustra esto sucedió cuando terminé mis estudios y planeaba ir a hacer un doctorado en Alemania, entonces fui a hablar con él, a comentarle que iba a estudiar en su país. Y lo primero que me dijo fue: “No, no va a poder. Ustedes no saben lo que es estudiar en serio”. Salí con el alma herida, pero al mismo tiempo con la determinación de que yo le iba a demostrar que sí podía, pero no pude hacerlo porque se murió antes. Entonces, eran muy autoritarios, y lo mismo los profesores que tuve en Alemania en esa época. Era gente muy autoritaria, nos trataban con la punta del pie, como que

“A comienzos de la década del ochenta, un joven colega que venía de Inglaterra me dijo: «Pero tú no has leído nada sobre la teoría literaria feminista». Yo me quedé sorprendida. No sabía que había una teoría literaria feminista. Él me dijo: «Sí, tienes que leer el libro de Toril Moi, *Sexual/Textual Politics*»”.

te estaban haciendo el favor de darte clases. Eso para mí fue un incentivo para ser diferente. “Yo quiero ser una profesora diferente”, dije, “no quiero hacer esto”. Así como quise ser una madre diferente y darles más libertad a mis hijos.

LABOR DOCENTE

Usted comenta que, antes, para estudiar literatura o filosofía, debía estudiarse latín y griego. En la actualidad, se ha reducido el número de cursos de latín en la malla curricular en la PUCP, mientras que, en otras universidades, como la UNMSM y la UNFV, el curso de latín o no se enseña o no es considerado obligatorio. ¿Cuál es su opinión? ¿Considera que la ausencia o la progresiva reducción de cursos de esta lengua y de la literatura clásica es un síntoma de la época?

Sí. Tengo una gran resignación en el sentido de que las cosas han cambiado, no siempre para bien. En muchos aspectos, para mal, pero no hay vuelta atrás. Este es un cambio drástico a

nivel mundial, en el que han influido de manera sustancial la revolución informática, en primer lugar, y este neoliberalismo-capitalismo desenfrenado que solo está en pos de ganancia. Y hace que aquellas profesiones que difícilmente te van a dar ganancias materiales, como las Humanidades, no atraigan a los estudiantes.

Cuando fui decana y los estudiantes pidieron un cambio del plan de estudios, con un terrible dolor, tuve que aprobar que quitaran los cursos de latín en la carrera de Literatura. Entendí, perfectamente, que, en esa dirección iban las cosas. También se rebajaron los requisitos para Filosofía. Lo peor era negar la evidencia. Lo lamento, sí, sobre todo a nivel personal, porque fue para mí un mundo muy importante en mi niñez. Desde que era chiquita, me hice fan de un programa radial de un profesor judío-alemán que contaba historias de la mitología griega con música clásica. Luego me enteré que este señor enseñaba en la Universidad de Buenos Aires junto

con el otro señor al que tanto admiré y amé porque, como decía Sylvia Plath, “toda mujer adora a un fascista”, alguien que nos aplaste, que nos patee; por lo menos eso creía la mujercita que era yo entonces. Ahora ya no. Ya en la universidad, una profesora de latín me mostró el mundo de la cultura clásica latina. Con ella leí los poemas de Catulo, que luego serían el tema de mi tesis doctoral junto con la tragedia griega. Y no me arrepiento. Yo sé que con eso no se hace gran cosa hoy. Y es muy difícil pensar que eso pueda revivirse. El mundo ha cambiado de manera drástica, se ha avanzado en la cura de las enfermedades, pero se han perdido tesoros culturales. Y ya no hay remedio.

Vinculemos su pasión por la literatura clásica y los estudios de género, y conversemos sobre el papel de la mujer en las tragedias griegas. ¿Qué nos pueden decir Medea, Antígona y Electra, por ejemplo, sobre el lugar de la mujer en el mundo clásico y en la actualidad?

“Las lenguas cambian con el uso, no por mandato. No porque tú dices «bueno, a partir de ahora no se va a decir señor, sino dominus»; no, así no es. Las lenguas van cambiando, ya lo dijo Horacio. Es el uso el que manda, el uso espontáneo de la gente”.

¿Dónde radica la contemporaneidad de estas obras?

Es una pregunta compleja para la cual tengo que remontarme hacia atrás y hacer un poco de mi autobiografía académica, porque cuando yo era estudiante, en Alemania, no tenía la menor idea de cuestiones de género ni todavía había tomado conciencia de cuán maltratada había sido a lo largo de mi vida. Primero como niña, luego como adolescente y después como mujer. Fue todo un aprendizaje largo y duro, de tal manera que cuando yo era estudiante de literatura clásica, yo leía los textos con una distancia total, como podría leer el *Corán* hoy, sin compromiso afectivo, sin pensar que esas heroínas de la tragedia tuvieran algo que ver conmigo. Eran figuras de papel, del ámbito del mito. Luego, cuando empecé a enseñar en la Católica, como no había posibilidad de enseñar Filología clásica, me tuve que reinventar y, como yo había estudiado Literaturas Modernas en la Universidad de Buenos Aires y, por supuesto, Castellano, podía hacerlo. No pude enseñar griego, porque ya estaba ocupada la cátedra, al igual que en San Marcos, porque eran espacios muy reducidos. Pero sí pude enseñar unos cursos de latín. Asimismo, empecé a dictar Teoría literaria de la antigüedad para establecer una conexión con la modernidad y, específicamente, con la teoría literaria contemporánea de esa época. En todo eso, soy autodidacta. Traje todas esas innovaciones a la Católica de entonces, donde nadie hacía una teoría de ninguna clase. Predominaba el tipo de estudio biografista, subjetivista, hablar de la vida del autor, confundir al autor con sus

productos literarios. Entonces, fui explorando distintos campos hasta enseñar teoría literaria de la antigüedad. Había leído la *Poética* aristotélica, los tratados del arte, porque estudiar filología clásica en esa época era estudiar todo, no solo la literatura, sino también la filosofía, la historia y el mundo clásico en general. Entonces, cuando publiqué mi primer libro de teoría literaria, todavía no tenía muy claro el asunto de género.

¿Fue como un descubrir paulatino?

Curiosamente, en uno de los primeros congresos internacionales a los que asistí, a comienzos de la década del ochenta, un joven colega que venía de Inglaterra me dijo: “Pero tú no has leído nada sobre la teoría literaria feminista”. Yo me quedé sorprendida. No sabía que había una teoría literaria feminista. Él me dijo: “Sí, tienes que leer el libro de Toril Moi, *Sexual/Textual Politics*”. No había traducción al castellano y mi inglés no era tan bueno en esa época; entonces, me costó, pero lo leí y me abrió un panorama diferente. Luego, lo que influyó de manera decisiva fue mi mudanza a los Estados Unidos, porque el mundo anglosajón es la cuna de los feminismos, desde las sufragistas británicas. Y allí los estudios de género (no se llamaban así, pero prácticamente era eso), tenían un lugar establecido en la academia norteamericana. Allí tuve mayor oportunidad de explorar más este territorio y de introducirme en el mundo anglosajón que no conocía mucho.

¿Fue difícil adaptarse a ese cambio cultural y académico?

Fue una aventura muy dura



Foto: Diana Hidalgo.

Susana Reisz.

para mí: trabajar en un país y en una cultura que no conocía. Al principio, cuando quería hablar en inglés, me salía el alemán. Mezclaba lenguas. Luego, innegablemente, influyeron mis circunstancias personales. Citando a Vallejo, “hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé”. Sentí verdaderamente todos los malos tratos que había recibido a lo largo de mi vida por ser mujer, incluso en el plano académico. En el momento en que lo vivía, yo sé que lo resentía, pero todavía no lo pensaba como un producto de mis circunstancias de ser mujer, una de las pocas mujeres que había en esa época en la docencia. Era sistemáticamente ignorada, como si fuera de vidrio, por los colegas, tanto los de Católica como los sanmarquinos. Para

Antonio Cornejo Polar yo era de vidrio. Él hablaba con mi exmarido, con los otros colegas, pero yo era la “señora de”. Me dolía, pero no lo podía insertar en un plano más ideológico, más político. Me resentía, pero no podía armar un esquema conceptual que me permitiera afrontarlo y combatirlo.

Volviendo a la pregunta...

Sí, volviendo a la pregunta, la contemporaneidad de obras como *Medea*, *Antígona* y *Electra* es un tema fascinante y complejo, porque esa cultura clásica que yo adoré, admiré y le dediqué años de mi vida, era brutalmente machista. Las mujeres, si no eran esclavas, estaban encerradas en sus casas. No tenían acceso a la vida pública. En el ágora solo discutían los varones.

En retrospectiva, no me explico cómo nada de eso me tocaba afectivamente. Lo sentía como una realidad distante, que no tenía nada que ver conmigo. Pero al mismo tiempo está la gran contradicción. Es decir, la tragedia tiene estas grandes figuras femeninas que están en brutal contradicción con la condición histórica de las mujeres de la época. Mucho tiempo después, me empecé a preguntar: “¿Y qué sentirían las mujeres que asistían a esas representaciones?”. Representaciones en las que los roles femeninos eran interpretados por hombres, porque no podían intervenir mujeres. Solo después percibí hasta qué punto Eurípides representaba una sensibilidad diferente para la época, pero tengo que confesar que, en mis años

estudiantiles, no hacía mayor diferencia. Percibí hasta qué punto en muchas de sus obras (en *Medea* y en *Ifigenia en Áulide*, por ejemplo) se puede detectar un intelecto sensible al sufrimiento femenino a través de los coros. Estos son los momentos en los que en la tragedia se da cauce libre a las ideas más personales, a las opiniones. Ese es el tema con la cuestión de género; por eso, entiendo, mas no apruebo, a toda la gente que se opone a una educación en esta dirección. Es que no la ven. Yo sé qué es esa ceguera, porque yo misma la tuve, lo cual es contradictorio porque yo misma la sufría. Pero, al mismo tiempo, no veía con claridad de dónde provenía ese sufrimiento. Y no leía a esos autores, que yo admiraba profundamente, con esa percepción de género, ese yo-mujer. Muchas veces he dicho cómo esa metáfora cortazariana del lector macho y el lector hembra es tan insultante, pero cuando yo tenía veintitantos años no me ofendía. Entonces, hay una ceguera sistemática que es la que hay que tratar de denunciar y mostrar constantemente, quitar la venda de los ojos. *Medea* es una figura portentosa, no imitable ciertamente, pero muy humana. A mis estudiantes hispanos de Estados Unidos, en el curso de Introducción a los estudios occidentales, tenía que enseñarles algunas de estas obras y ahí sí empecé a movilizar mi sensibilidad de mujer y mis conocimientos sobre las cuestiones de género.

En 2014-2015, realizó una investigación en estudios de género aplicada a la situación de las docentes de la PUCP. ¿Cuál fue el objetivo y los resultados de dicha investigación?

Cuando era decana estuve en el Consejo Universitario que es el órgano de gobierno más alto de la universidad, durante tres años. Allí, digamos, metí una “punta de lanza” para que se progresara en ese terreno, para que salieran políticas de género. No fue nada fácil, porque había una resistencia brutal del lado de los profesores, de los hombres y de algunas mujeres también. Tampoco voy a santificar a las mujeres. Hay mujeres machistas. Pero lo logramos. Salieron estas políticas de género que fueron muy difíciles de aplicar. Creo que hasta el día de hoy no funcionan totalmente. Una de ellas, que yo promoví particularmente, tenía que ver con los concursos para conseguir plazas, en los que las publicaciones y las investigaciones son muy importantes, pero ocurría que los candidatos y candidatas tenían que ser menores de 40 años. Ahora bien, si se tiene 30 o 32 años (me recuerdo a mí misma), y se tiene un hijo o dos, ¿qué tanto vas a poder publicar? Por muy inteligente que seas, vas a poder publicar menos que ellos porque todavía no están divididas las tareas en el hogar. Es decir, la labor del cuidado siempre pesa sobre las mujeres: cuidar a los bebés, a los niños, a los padres viejos, a los enfermos de la familia. ¿Quién se hace cargo siempre? Las mujeres, con honrosas excepciones, que siempre las hay. Pero es un esquema típico que se repite y se repite. Entonces, una de las normas que no sé si hoy está en práctica era que la cuestión de la edad no podía ser tan tajante para las mujeres en estado de maternidad y que las exigencias de investigación tenían que ser revisadas. Que hubiera lactario,

que hubiera facilidades para las jóvenes madres, tanto para las profesoras como para las estudiantes. Aunque creo que la tendencia actual es la de no ser madres. Y me parece bien. Pero entonces esto a mí no se me cruzaba en la mente. Yo quería tener hijos. Yo había sido adiestrada para eso. Cuando llegué a los Estados Unidos me di cuenta que tenía veinte años de retraso en mi manera de pensar como mujer.

La Universidad de San Marcos ha publicado un estudio sobre las tendencias de las tesis de literatura en dicha universidad. Entre los resultados se tiene que, los marcos teóricos más utilizados son la retórica, la semiótica, el concepto de oralidad, la narratología, el psicoanálisis, la pragmática y la rítmica. Como asesora de tesis en la PUCP, ¿ha observado alguna tendencia similar o distinta?

Sí, veo una cierta diferencia. No tan marcada, pero existe. Es difícil hablar de una tendencia dominante en la Católica, pero hay grupos. Un grupo, quizás el más pequeño, es el que desarrolla estudios como los que hacen en San Marcos. Pero hay un grupo de jóvenes y no tan jóvenes, que siguen una línea diferente. No tan apegada a modelos formales, sino más bien a cuestiones ideológicas. Profesores y profesoras como Víctor Vich, Alexandra Hibbet, Francesca Denegri, tienen otra manera, digamos más amplia y con una mayor preocupación política y sociológica, que los profesores que aplican ese tipo de modelos formales. Entonces ahí están representadas, yo diría todas las tendencias, las más tradicionales y las

más interesadas por los aspectos políticos, de género, de clase; es decir, todos estos aspectos que han ido ampliando el panorama en el estudio de las Humanidades. Yo creo que en la Católica hay diversidad.

LABOR CRÍTICA

En su trayectoria se ha interesado por distintas corrientes de estudio: Filología clásica, teoría literaria, la perspectiva de género en el fenómeno literario, la literatura fantástica y Borges. ¿Le hubiese gustado incursionar en alguna nueva corriente? ¿Le quedó algo pendiente o tiene pensado dedicar algún estudio en particular en los años venideros?

Yo soy una mente inquieta y muy curiosa, y eso me distrae un poco para realizar ciertas investigaciones en las que uno tiene que enfocarse y dedicar todo su tiempo. Todos los días me llegan materiales de la plataforma virtual Academia.edu, que es muy valiosa, donde todo el mundo cuelga sus trabajos. Entonces, a diario leo trabajos de gente joven, que enfocan la literatura desde otros ángulos o que dan a conocer textos de autores que yo desconozco. Eso me mantiene constantemente en una situación de autoexigirme, ponerme al día.

¿Qué futuro le augura al uso del lenguaje inclusivo? ¿Está a favor de su uso? ¿Cree que se hará extensivo en grupos más amplios o estará condenado a permanecer en ámbitos reducidos?

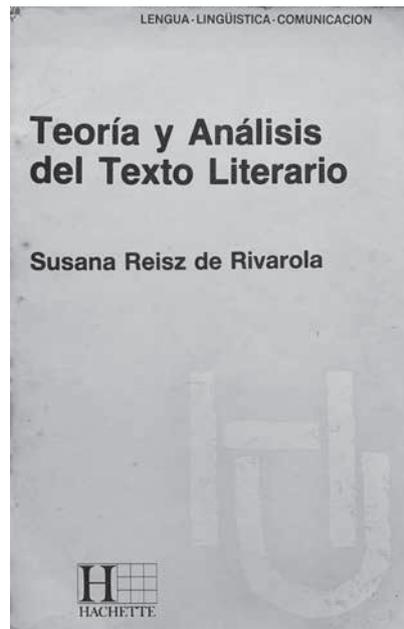
Un par de programas de televisión me llamaron dos veces para hablar sobre eso, y yo dije: “No, yo no me presento



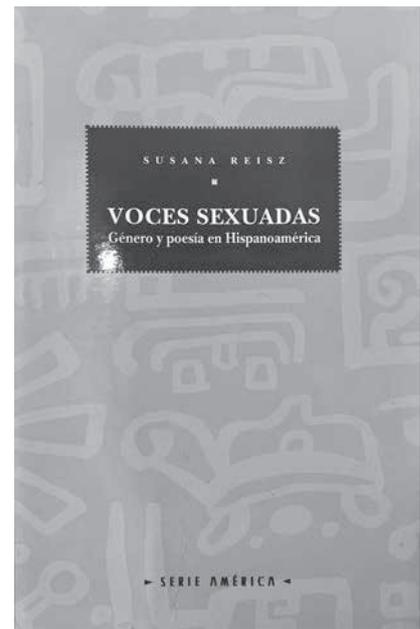
“Siempre tenía una preocupación estética, artística y siempre la idea, por más que quisiera ampliar mi mente, de que hay una buena escritura y otra que no lo es. Pero al mismo tiempo, me doy cuenta de que esa es una visión bastante limitada”.



Teoría Literaria. Una propuesta (1986).



Teoría y análisis del texto literario (1989).



Voces sexuadas. Género y poesía en Hispanoamérica (1996).

en vivo". Porque la pregunta es muy incómoda, pero voy a tratar de responderla. Yo trato de usar, en mis comunicaciones oficiales, por ejemplo: "Queridas y queridos estudiantes", pero no querides, o "x", porque es muy artificial, no me va ese uso. Y ¿por qué? Tengo, digamos, un fundamento lingüístico, digámoslo así. Y es que, las lenguas cambian con el uso, no por mandato. No porque tú dices "bueno, a partir de ahora no se va a decir *señor*, sino *dominus*"; no, así no es. Las lenguas van cambiando, ya lo dijo Horacio. Es el uso el que manda, el uso espontáneo de la gente. Lo que sí se puede hacer es establecer algunas normas en la comunicación formal, en la comunicación digamos cancellorca, por decirlo así, de las autoridades, en las que se haga notar, que lo que se dice está dirigido a un público de mujeres y hombres. Cuando yo escribo artículos trato de dejar en claro que estoy hablando de una escritora, de una mujer. Encuentro siempre la manera de poner de

relieve que es una mujer la que escribe, pero no recorro a esas fórmulas artificiales, porque me parecen falsas, y no se van a imponer jamás.

PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN

Sabemos que tiene planeado reeditar parte de su obra inicial, como su libro de los años ochenta *Teoría Literaria. Una propuesta*. ¿Cómo ve el proceso de renovación de los aportes teóricos en los estudios literarios en las últimas décadas? Por ejemplo, ¿cuáles serían las áreas de actualización crítica y teórica que necesitaría atender en su libro?

Por un lado, expandir mi mirada y no limitarme a trabajar con las categorías tradicionales o clásicas. Hasta hace muy poco, a mí no se me habría ocurrido estudiar cualquier texto, escrito por cualquiera, en cierto momento histórico. Porque siempre tenía una preocupación estética, artística y siempre la idea, por más

que quisiera ampliar mi mente, de que hay una buena escritura y otra que no lo es. Pero, al mismo tiempo, me doy cuenta de que esa es una visión bastante limitada, tal vez aristocratizante, y tal vez, sí, tengo que admitirlo, colonial. En el sentido de que se está pensando siempre en los modelos europeos; y sí, para mí esos han sido siempre los modelos de buena escritura. Empezando por las lenguas clásicas, pero hoy tengo que aceptar que hay una multiplicidad de producciones escriturales muy interesantes que desbordan ese marco. Entonces tengo que reformatear mi cabeza para poder abarcar esos productos escriturales. Ahora, justamente, acabo de leer un artículo por esta vía, Academia.edu, de una joven investigadora chilena que publica en la *Revista Chilena de Literatura*, que es muy buena, sobre escritos no tan antiguos, incluso de la primera mitad del siglo XX que no encajan dentro de la imagen tradicional y académica. Me pareció

una aproximación interesante. Todavía no sé si yo podría hacer algo con eso. Porque yo tengo grabado a fuego en mi cerebro las reglas de escritura, que también es producto de mi educación argentina, porque en la primaria nos machacaban las reglas gramaticales y el buen escribir a partir de Sarmiento. Entonces, esto de alguna manera me ha impregnado el alma, pero estoy tratando de liberarme.

¿Y tiene planes sobre nuevos libros?

Por ahora, tengo pendiente el redondeo de tres libros que están en espera, precisamente por esta actitud mía de no querer poner punto final hasta saber qué más hay, pero me voy a moderar y pronto saldrán. El más próximo es *La teoría y los estudios literarios*. Otro proyecto, menos ambicioso, es acceder al pedido de la editorial británica Splash para preparar una selección de trabajos míos temáticamente conectados, que casi no han tenido difusión por estar desperdigados en revistas y publicaciones poco conocidas. Por último, la Sociedad Peruana de Psicoanálisis quiere abrir una serie nueva con la publicación de un conjunto de ensayos míos, viejos y nuevos, en los que trabajo temas literarios desde una perspectiva psicoanalítica o afin al psicoanálisis.

¿Alguna vez incursionó en la creación literaria?

Sí. Al leer el trabajo de esta joven investigadora chilena me doy cuenta de cuál es la tendencia dominante entre la gente de antaño y la de mi generación. Cuando se trata de salir al público a escribir, a escribir sobre una misma o a escribir lo que fuere, hay una represión

brutal. Una especie de temor, temor a ponerse al desnudo ante los demás, temor a no dar la talla, cualquiera que sea la talla. Y yo lo sigo viviendo así, y creo que ya es tarde para cambiar, porque tengo una especie de bruja adentro, que juzga lo que escribo, que me dice: “No está bueno”.

¿Incluso en los escritos académicos?

En los académicos, no. Ahí me siento más libre, porque tengo profesión; pero en la creación literaria, no. Y sí, escribo desde que era chica, pero nunca me sentí creadora, no me pregunten por qué. Esta disciplina brutal académica que recibí desde niña, yo creo que me ha castrado un poco.

¿Entonces tiene obra literaria escrita?

Obra literaria es mucho decir. Tengo pensamientos escritos, inéditos. Y he intentado poesía, pero es mala.

¿Según su bruja interna?

Según mi bruja interna, sí.

REALIDAD SOCIAL

Usted desde la academia ha sido pionera en los estudios de género y feminismo en la literatura y las humanidades en el Perú. Teniendo en cuenta la situación actual de la mujer en el país, ¿cuál sería su balance sobre el camino recorrido hacia una sociedad más igualitaria y menos machista? ¿Es un buen tiempo para el feminismo?

Es un mal momento, me parte el corazón tener que decirlo, pero es pésimo y yo diría a nivel continental, no solo aquí en el Perú. Dicen que “mal de muchos es consuelo de tontos”, pero hay

que ver que es un mal de muchos en este momento. Por ejemplo, que un país como Estados Unidos, que fue uno de los pioneros en cuestiones de liberación de las mujeres, haya hecho un retroceso en cuanto a lo de Roe versus Wade¹ es una mala señal. Hay un Tribunal Supremo hiperc conservador en este momento, como consecuencia del poder que ha ido creciendo del lado de Donald Trump, que es un ser miserable, pero con enorme impacto en grandes grupos sociales. Eso es lo que a mí me parte el corazón, que quienes promocionan a un hombre como Trump o a un hombre como Jair Bolsonaro o a un hombre como cualquiera de los machos impresentables de la política del continente, quienes lo apoyan, son gente que, a su vez, ha sufrido injusticia.

¿Y cómo traslada todo eso a lo que viene ocurriendo en el Perú, con un gobierno de izquierda, conservador, errático y un Congreso también mayoritariamente conservador, mientras que siguen aumentando los casos de feminicidios y violencia contra la mujer en todos los ámbitos?

Es lo mismo. Lo veo con el corazón destrozado, pero no quiero terminar con una opinión pesimista terrible. Sin embargo, el horizonte que yo veo es oscurísimo, porque ya no importa si se es de izquierda o derecha. Todo da igual. Lo que domina hoy el mundo es un conservadurismo brutal, que va en detrimento de

¹ El 24 de junio de 2022, la Corte Suprema de Estados Unidos decidió anular el fallo que dio en 1973, según el cual se estableció la legalidad del derecho de una mujer a tener un aborto bajo la Decimocuarta Enmienda a la Constitución.

SUSANA Y JUANA MANUELA

Usted menciona que se ha sentido identificada con la figura de la escritora Juana Manuela Gorriti, porque entre otras razones, se encontraba dividida entre Argentina y el Perú. ¿Podría ahondar más en este sentir?

Ella para mí es una figura modélica, pese a que es de otra época. Argentina innegablemente, pero argentina provinciana, de las provincias del norte, donde estaba la montonera. Con una vida aventurera, y con muchos cambios y viajes. Una mujer que estuvo casada, que tuvo dos hijas, que desarrolló distintas actividades con bastante libertad en un momento en que eso era muy raro. No solo eso, sino que organizó una

escuela, organizó un salón literario, impulsó la creación literaria en otras mujeres, aquí en el Perú. No podría decir que era una feminista, o tal vez sí, pero no feminista en el sentido de las sufragistas. Pero sí era una mujer muy libre y, al mismo tiempo, tenía un profundo amor por el Perú y, sin embargo, no negaba sus raíces, y terminó muriendo en la Argentina. Yo creo que voy a morir aquí. Esa sería la diferencia, ¿no? Pero es para mí una figura particularmente querida, inspiradora, con la que yo me identifico mucho, porque realmente era bicultural, binacional, independiente y valiente. Ella participó en luchas a caballo, yo no lo pude hacer nunca (risas).



Juana Manuela Gorriti.

las mujeres, de los niños, de los más débiles, en todos los estratos sociales.

Tal vez, como una contraparte a lo anterior, podemos pensar en un tema abordado por Sara Ahmed en *La política cultural de las emociones*. Se trata de cómo el dolor y la ira movilizan a la ciudadanía, cómo la emoción se relaciona con el poder; entonces, ¿cómo su labor docente la ha vinculado con sus estudiantes? ¿Ha experimentado un proceso afectivo, de sororidad, o una visibilización de las emociones, a través de la escucha y el diálogo con sus alumnos?

Eso es lo único que me mantiene con vida, y lo único que me da esperanza. El contacto tierno, amigable, con estudiantes, con mis colegas mujeres, sobre todo, la sororidad. Ahora, con los estudiantes no hago diferencias, porque tengo una mirada conservadoramente maternal. Entonces, no los dejaría de lado, como que acojo a todos y de esa manera, primero estoy rectificando mi pasado, los maltratos sufridos, eso me compensa a posteriori, decir: “Yo estoy construyendo un mundo diferente”, en el que me esmero en no hacer lo que me hicieron a mí. Lo mismo pasó con la crianza de mis hijos. Me he esforzado en rectificar todos los errores de mis padres conmigo. Darles libertad, por ejemplo, no hacer diferencias en cuestiones de género. Por eso, yo diría que mi hijo es un hombre feminista, que cría a sus hijos, que ayuda en la crianza de sus hijos. Y mi hija es una mujer libre. Por ahí está la esperanza, la libertad.

